

No es un domingo cualquiera

Hoy es domingo, tal vez sea un domingo cualquiera, tal vez sea un domingo más, tal vez ese domingo de descanso que tanto anhelamos durante toda la semana, tal vez otro domingo en nuestras vidas... pero no ha sido ninguno de estos domingos.

A las nueve de la mañana recibimos una llamada de teléfono; cuando se reciben llamadas a esas horas y en domingo, me imagino que algo extraño está ocurriendo y más aún cuando escucho entre líneas "está durmiendo... ahora se lo digo". En ese preciso momento el corazón me da un vuelco y me falta la respiración y tan solo acierto a esperar que entren en la habitación y me comuniquen "ahora se lo digo".

Jerez es parte de mi vida e incluso puedo decir que ha marcado toda mi vida, mi carácter, mi educación, la forma de ver la vida e incluso saber como afrontar y vivir la vida. Mi primo Eduardo había fallecido y mi primo Eduardo de Jerez es mi hermano de crecer juntos, de jugar juntos, de sentir juntos. Sentí tal dolor en todo mi ser, que en aquel momento no gesticulé palabra alguna y tan solo me vinieron un montón de recuerdos a mi cabeza; todos gratos, de alegría, de emoción, nunca existieron malos. La primera hora no supe atender a nada ni a nadie y tan solo me limite a preparar café y fumar... y pensar, pensar mucho. La segunda hora mi cabeza se activó como un resorte y busqué aquella noticia trágica en los diarios locales, pues la noticia de la primera hora venía como un suceso trágico y nada natural; en el "diario de Jerez" pude encontrar el titular y aunque la habíamos recibido equivocada no era del todo errónea. Mi primo Eduardo había perdido a su hijo Edu y mi corazón se sintió aún más dolorido, más encogido, más destrozado. Un chaval de dieciséis años, un niño, tras un accidente de moto no provocado, no culpable, dejaba su vida en la carretera. Quise sentir el gran dolor que Eduardo tendría en aquel momento pero nunca llegaría a compararme al suyo; tan solo sentí que si el mío era grande, el suyo era infinito. Eduardo, mi primo, es mi hermano en la lejanía tan solo de km, pero un hilo nos une y nunca se rompe por mucha distancia que nos pueda separar, y el dolor de un hermano, siempre se sufre en uno mismo como si fuese propio.

Hoy me hubiese gustado hablar con él y demostrarle todo el pesar que sentía por su pérdida, que se hacía también mía, pero era imposible que estuviese dispuesto a escuchar más duelos, más palabras, más lágrimas. Sí me hubiese gustado haberle abrazado y sentir su desahogo cuerpo a cuerpo, hubiesen sobrado las palabras, no se necesitan palabras es esos momentos, tan solo se necesita comprender, guardar silencio y notar el calor de un hermano; las palabras llegan con el tiempo y por supuesto que llegarán, y estaremos para escuchar, para hablar, para comprender, para sufrir, para sentir.

La última vez que hablamos cara a cara, era una noche calurosa de verano, mis vacaciones durante muchos años se dirigían hacia Zahara de los Atunes y siempre era

obligado hacer una parada en Jerez, una noche, juntar a mis primos y mi tía, mi gran familia de Jerez, y cenar todos en una terraza, disfrutar, recordar, reír. Tomando la penúltima cerveza, recuerdo que Edu salió en nuestra conversación, como jugador de fútbol y de sus próximas giras que realizarían a Madrid; prometí ir a verle jugar cuando me avisasen de algún partido en la capital. Nunca pude verle jugar, nunca pude animarle, nunca pude disfrutar de él pero sé que si su padre hablaba de él tan orgulloso, yo me sentía también orgulloso de él.

Cuando se sufren estas pérdidas no sé como acertar con las palabras. No sabes como actuar, donde ir, que hacer, que pensar. Creo que lo único bueno son los recuerdos porque tal vez sea lo que nos queda, seguir viviendo sin él será nuestro sufrimiento y a la vez nuestra gran alegría por nunca olvidarle, seguirá vivo, seguirá estando, no se habrá ido, no se ha ido, y nuestra mayor satisfacción seguir disfrutado de Edu.

No hay dolor solitario, es nuestro. Edu está en nuestros corazones.©

